

## SEGUNDA PARTE.

### CAPITULO V.

## Los Plateados como auxiliares en la guerra con Francia.

La Constitución de 1857, y las sabias leyes de Reforma expedidas por el Gran Juárez, habían por fin obtenido el triunfo sobre el Gobierno Conservador, de añejas preocupaciones; fresca estaba todavía la sangre derramada en los campos de batalla por los patriotas liberales que ayudaron á las victorias del Derecho, y las cenizas del vivac del soldado que se iba á descansar, calientes estaban aún, cuando unos cuantos malos mexicanos traen de nuevo sobre la Patria la injusta guerra de la Intervención francesa, que plúgole concederles el ambicioso déspota de Las Tullerías.

El Gobierno de D. Benito Juárez tuvo necesidad de ir reconcentrando las fuerzas federales para oponerse á la invasión extranjera, y esto dió lugar á que varias poblaciones del Estado de Morelos quedaran guarnecidas solamente por soldados de guardia nacional.

Los plateados ocuparon entonces la plaza de Yautepec, y se nombró Prefecto Político, al jefe respetado de todos ellos Salomé Placencia.

Este, ya hemos dicho que tenía actos de nobleza; su carácter era generoso; era valiente hasta la temeridad; á veces obraba con justicia; pero era un bandido, y no podía ajustarse á la ley, ni ser una garantía del derecho, de la vida y de

la propiedad, entre tantos fascinerosos y asesinos, que vivían de la rapiña.

Salomé Placencia, en otro ambiente de vida, y rodeado de otros hombres, hubiera descollado entre los grandes Generales que se batieron contra el Imperio de Maximiliano. Su vestir, su aspecto, su arrojo y valentía eran iguales á los del inmortal Galeana.

Así, pues, la sociedad de Yautepec, no podía vivir conforme con Salomé Placencia como Prefecto, y siempre en constante alarma por los desmanes de los suyos. Elevó sus ruegos al Gobierno para ver si era posible remediar aquella situación, y éste nombró Prefecto á D. José María Lara, persona honorable del pueblo de Tepoxtlán, y el cual estaba en armas para defenderse del bandidaje, que merodeaba por doquiera.

Para darle posesión á dicho Prefecto, nombrado por el Gobierno, ocupó la plaza de Yautepec el General D. Eutimio Pinzón, con una columna de setecientos hombres, el día 17 de Mayo de 1862, á las nueve de la mañana.

En este mismo día llegó á las tres de la tarde, procedente de Tepoxtlán, el Sr. D. José María Lara, acompañado de sesenta hombres de infantería y cuarenta de caballería, quienes formaron en la plaza frente á la Prefectura Político.

Desde que llegó el General Pinzón en la mañana, con sus setecientos hombres del Sur, comunicaron á Salomé Placencia los suyos, que llegaría en la tarde el Prefecto nombrado, señor Lara, y que era preciso salir á encontrarlo y batirlo.

—¿Para qué hemos de salir?— contestó Salomé— aquí nos veremos yo y él. No puede haber dos Prefectos, y alguno de los dos se ha de morir.

En efecto, y en los momentos que formaron frente á la Prefectura los soldados de Lara, se presentó en la plaza Sa-



lomé Placencia, á caballo, con cinco de los suyos, y preguntó por él.

Se le acercó un hombre también á caballo, y le contestó: —“Yo soy José María Lara, ¿qué se le ofrece á Ud.?”

—Yo soy Salomé Placencia, y vengo á que nos matemos, pues no puede haber dos Prefectos—añadió Salomé.

¿Qué nos matemos? ¡Bah!... ¡preso este hombre—dijo Lara á sus soldados.

Rápidamente le dispara Salomé un balazo en el pecho, á quema-ropa, que lo hace caer del caballo mortalmente herido, y lo remata atravesándolo con su machete.

Los cinco que acompañan á Salomé, también han disparado sobre los soldados. Algunos contestan el fuego, otros se dispersan, y la mayor parte se posesiona de la Prefectura sobre los que cargan los cinco temerarios.

Cuéntase entre ellos, Eugenio Placencia, hermano de Salomé, quien entra al patio de la Jefatura, atacando á los soldados de Lara. Allí dentro le matan el caballo y recibe varias heridas, y no hubiera salido ya, si no entra á sacarlo Salomé entre el fuego nutrido de la fusilería, montándolo á la grupa de su caballo.

Las fuerzas del General Pinzón, que estaban acuarteladas, se acercan á toda prisa en auxilio de Lara á quien encuentran muerto, y persiguen á Salomé y á los suyos por las calles de Yautepec.

Los soldados de D. José María Lara, que se unen á los de Pinzón ven al herido Eugenio Placencia en una Botica, donde lo ha dejado su hermano Salomé para que le curen la gran hemorragia de sus heridas, y lo arrastran á la calle acribillándole el cuerpo con más de cincuenta balazos.

Dos horas después de estos sucesos, ocupan el cerro de

San Juan—que está casi dentro de Yautepec—más de trescientos plateados, amenazando de nuevo la plaza.

El cadáver del infortunado Lara,—quien ni siquiera tomó posesión de su cargo de Prefecto—fué sepultado en la misma noche por orden del General Pinzón, y éste salió con sus fuerzas á la madrugada del siguiente día, para el rumbo de Cuernavaca.

Al evacuarse la plaza de Yautepec por dichas fuerzas, volvió á ser ocupada por Salomé Placencia y los suyos, quien dispuso unas solemnes honras fúnebres al cadáver de su hermano Eugenio, haciéndole los honores á caballo como cuatrocientos plateados que se reunieron, llevando moños negros en el brazo.

Aquellos hombres siguieron adueñados del poder autoritario por algún tiempo en el Distrito de Yautepec, pues aunque recorrían, de paso por el estado de Morelos, algunas fuerzas federales de caballería, se reconcentraban en México y Puebla para repeler la intervención, y no podían ocuparse de batir á tan gran número de bandidos.

Los traidores levantaron un trono en su Patria para Maximiliano de Habsburgo, y á quien después, la Patria le levanta un cadalso. Las fuerzas imperialistas, ayudadas de las huestes de Napoleón III, van invadiendo el país de Hidalgo y de Morelos, sin conseguir dominarlo, y es entonces cuando aquellos hombres, llamados “Plateados,” se unen á la buena causa defendiendo á la República, y se incorporan á las fuerzas del Gobierno y á las de voluntarios patriotas, para combatir en defensa de los santos Derechos de la Nación.

Concurren á las batallas de la “Calavera,” y del “Mal País;” pero no son soldados; no conocen la táctica y disciplina militar; se arrojan sobre el enemigo como una avalan-



cha, y la lluvia de metralla que vomitan los cañones invasores, los destrozan y dispersan.

No, no saben los bandidos batirse militarmente, y optan por el "albazo," "la emboscada," el ataque nocturno, el asalto imprevisto y la retirada de los guerrilleros, que han sido sus modos de pelear; y aquí y allá, separados de las fuerzas regulares, hostigan constantemente como feroces mastines al lobo hambriento de la invasión, á quien hieren por todas partes en los Estados de Puebla y de Morelos.

## CAPITULO VI.

### Los Plateados matan cien soldados en dos emboscadas.

**S**ON por fin tomadas las principales plazas del Estado de Morelos por las fuerzas imperialistas, y los Plateados que dominaban en Yautepec, recorren en todos sentidos aquellas comarcas, cometiendo con más ahinco sus plagios, raptos y toda clase de depredaciones, burlando á sus perseguidores y derrotándolos distintas veces en encuentros inesperados para éstos.

Establecen sus cuarteles en las cumbres de los cerros más inexpugnables, como en "El Cerrado," del que ya hemos hecho mención, y en otros. Son guaridas de tigres, á las que no se atreven á seguirlos; que sólo ocupan algunas horas del día y que abandonan por la noche para ir en pos de sus rapiñas.

La guerra contra los imperialistas, los hechos más feroces y más sanguinarios que antes. Se han vuelto enemigos de los curas que predicán que el Imperio es la salvación de

México, porque es el Gobierno de Dios; y roban, plagian y asesinan á un fraile lo mismo que á un comerciante. ¡Desgraciado del imperialista que caía en sus manos!

Salomé Placencia merodea y domina en el Centro y Sur del Estado, Epifanio Portillo, Pantaleón Cerezo y Epitacio Rivas por el Norte, Silvestre Rojas, Tomás Valladares y Juan Meneses por el Oriente, y todos ellos cabecillas principales, al mando de sesenta ó más bandidos, se unen y pelean juntos cuando las circunstancias lo requieren, contra fuerzas respetables y se separan en seguida para continuar por sus rumbos asaltando comerciantes ricos y á hombres de fortuna. Los de mediana posición les son indiferentes. Los pobres, los infelices, los desheredados, son muchas veces sus protegidos.

¡Cuántos de estos formaron una fortuna con la protección de aquellos bandidos! Fortuna que aún existe y que disfrutan hoy los herederos.

\*  
\*

Se sabe un día en Yautepec que han cometido un cuantioso robo en el camino de Tlaltizapan, asaltando á veinte comerciantes, que, procedentes de Acapulco, llegaban con un cargamento de mercancías; y se decía también, que ese cargamento había sido oculto cerca de Atlihuayan.

Todo el mundo pensó que el autor del robo había sido Salomé Placencia y los suyos.

El Jefe militar de dicha población dispone que se persiga á los bandidos y se rescate el cargamento robado; ordenando que, ciento cincuenta hombres del Resguardo, marchen desde luego contra los asaltantes, donde quiera que se encuentren.

Es de tarde, y pronto va á ser de noche. El Comandante de dicho resguardo ha formado ya sus ciento cincuenta soldados y se dispone á marchar, cuando llega



un Ayudante del Jefe Militar conduciendo á un hombre ligeramente herido y con las ropas desgarradas. Es uno de los veinte comerciantes asaltados, que mal atado de manos á un árbol, como quedaron sus demás compañeros en el monte, y á la orilla del camino, pudo soltarse, y seguir de lejos, sin ser visto, la pista de los bandidos hasta el lugar en que han descargado el cargamento, huyendo entonces á dar parte. Este comerciante hace una relación de los sucesos, y precisa el lugar cercano de Atlihuayan donde están los bandidos, ofreciéndose á ser guía de aquella tropa.

Mientras ha estado hablando este hombre, permanece acurrucado muy cerca, un infeliz mendigo, con la mano extendida y los ojos fijos en el suelo. Nadie se da cuenta de él.

Entonces,—dijo el Comandante—y para que el golpe á esos bandidos sea más seguro, hay que dejarlos que duerman, y á las dos de la mañana emprendemos la marcha, al fin está cerca el lugar. Quédese aquí agregó dirigiéndose al comerciante—todo se le proporcionará, y mañana será nuestro guía. Ordenó que desensillara la fuerza, y pudo entonces notar al pobre mendigo.

¿Y este pobre diablo, por qué entra hasta aquí?

Señor,—le contestaron—es un infeliz sordo-mudo á quien se le permite la entrada para recibir sus limosnas

Vaya hombre! toma . . . y le largó una moneda de plata, haciéndole señas que saliera.

El mendigo se dirigió á otros; siempre con la mano extendida; recibió otras monedas de cobre, y salió á la calle comenzando á caminar de prisa.

Salomé Placencia y sus compañeros, después de que escondieron el cargamento robado, pues efectivamente, él era

el asaltante de los comerciantes del Sur, se dirigió á dormir á su casa de Altihuayan, distribuyendo antes á sus hombres para la vigilancia que siempre hacían por turno, donde quiera que pernoctaban ó descansaban, fuese de día ó de noche.

Serían las once de la noche, cuando por el camino de Yautepec, viene un hombre á caballo, y á todo galope, aproximándose ya á las primeras casas del Real de la Hacienda.

Dos hombres, también á caballo saltan en medio del camino para detener el paso al que llega, gritándole: Alto!

Aquel se detiene, y por toda respuesta, lanza un silbido agudo y penetrante con modulaciones características.

Ah!—dijeron aquellos hombres que le interceptaban el paso—¿Ud. es tío Juan? malas nuevas tenemos, siga adelante.

Sin contestar palabra, emprendió de nuevo la carrera el hombre que venía de Yautepec. A doscientos pasos se repite el caso anterior, y aquel hombre sigue hasta llegar cerca de la casa en que duerme Salomé Placencia, donde lo reciben los últimos centinelas que lo llevan á la puerta de dicha casa

Llaman apresuradamente, y el hombre aquel, repite el silbido agudo y penetrante.

Oyelo Salomé, y se levanta apresuradamente, coje sus armas, y abre la puerta, diciendo al mismo tiempo: pase, tío Juan, algo grave ocurre, donde viene Ud. á estas horas.

Entra aquel hombre, quien no es otro, que el mendigo que vimos acurrucado con la mano extendida y los ojos bajos, ante el Comandante del Resguardo en Yautepec, y que se hace pasar por sordo-mudo; pero que es un espía muy listo de Salomé, que donde quiera entra: en las oficinas, en los cuarteles, en las casas y en los mesones, dando ó envían-



do aviso á Salomé para sus planes y sus robos. Tiene otros dos compañeros, espías como él, uno simula ser arriero y el otro comerciante.

Nuestro sordo-mudo, que no lo es, refiere á Salomé detalladamente cuanto se dijo en el Cuartel, y el plan del Comandante para atacarlo. Recibe un puñado de pesos, vuelve á montar á caballo y se regresa á escape á Yautepec.

Salomé da sus órdenes; manda reunir á todos sus hombres, aún los que quedaron al cuidado del cargamento, á una legua de distancia, y á la una de la mañana, se dirigen al camino de Yautepec, tomando sus posiciones para una emboscada, y quedando Salomé con veinte hombres para atacar de frente á los del Resguardo, quienes no tardarán en llegar.

Hacia media hora que estaban los bandidos silenciosamente ocultos, cuando se percibe á lo lejos el sordo tropel de caballos.

Son los del Resguardo de Yautepec que ya vienen en persecución de los plateados; la mañana es casi clara, y se ven perfectamente los bultos de los hombres. Llegan por fin al centro de la emboscada. Suena un tiro por la retaguardia que es la señal del ataque, y suena al mismo tiempo un estruendo simultáneo de mosquetería que hace caer por tierra á muchos soldados. Repuestos de la sorpresa, los demás, disparan también sus armas sobre los ocultos enemigos, quienes repiten una segunda descarga que causa más víctimas. Salomé, con los veinte hombres que se reservó, y que no han disparado un solo tiro, cargan sobre la fuerza del Gobierno con una tercera descarga, la que huye en completa derrota, siendo alcanzados muchos, y muertos á machetazos.

Sesenta hombres del Resguardo quedaron muertos en aquella emboscada, y ni uno solo de los bandidos.

La sorpresa fué grande; los soldados iban confiados, pues era imposible que supieran que á esa hora se les persiguiera. ¡El mendigo, sordo-mudo había hecho el milagro!

Silvestre Rojas, hace lo mismo en el Rancho de San José en los suburbios de Cuautla.

Llega con sus hombres á dicho Rancho, y destaca diez ó doce sobre Cuautla, quienes entran hasta el centro de la ciudad á disparar sus armas sobre la Guardia Nacional, que para la defensa de la población ha formado de artesanos el General D. Ignacio de la Peña.

Salen sobre ellos á perseguirlos, como sesenta individuos de dicha Guardia; los llevan muy cerca, y al llegar al mencionado Rancho de San José, reciben los soldados una terrible y nutrida descarga de los bandidos, que están emboscados, y á la vez los acometen á machetazos; quedando muertos más de cuarenta vecinos de Cuautla que formaban la expresada Guardia Nacional, y escapando el jefe Arcadio Enciso á todo escape, con pocos de los soldados aquellos.

Estos hechos causaban asombro en la sociedad, temerosa de tan inauditos atrevimientos, y todos los hombres de regular fortuna, se propusieron gastar una parte de ella, y unidos, pagar fuerzas respetables y buscar un hombre capaz que pudiera competir con astucia y arrojo á tan terribles bandidos, y se dedicara á perseguirlos hasta su exterminio.

Los jefes que hasta entonces los habían perseguido, D. Martín Sánchez, (a) "Chagollán" D. Aniceto López y D. Arcadio Enciso, poco ó ningún éxito tenían en dicha persecución; eran derrotados con frecuencia, y estas derrotas á los jefes, que eran los únicos que podían dar garantías á la



sociedad, traían el desaliento, á los temores de la inseguridad, con la impotencia de los mencionados jefes.

Así pues, todos los capitalistas de Cuautla de Morelos, los hacendados del rumbo y la sociedad entera, se fijaron en el Coronel D. Rafael Sánchez, como su salvador, y el único que podía competir en arrojo y astucia con el temible y temerario jefe principal de todos ellos, Salomé Placencia.

Solicitaron á dicho Coronel Sánchez para que se pusiera al frente de todas las fuerzas para la persecución de los plateados, y dirijiera la campaña contra semejantes bandidos, hasta su exterminio; pero se negó á ello contestando: *"no puedo perseguir á hombres, que, en los mayores peligros, me han acompañado á la defensa de la República y de los principios liberales; procuraré contener sus depredaciones, pero jamás destruirlos."*

Don Rafael Sánchez, era un Coronel de renombre en el Estado de Morelos, quien había combatido por los principios liberales en toda la guerra de "tres años;" era muy querido de sus jefes principales, y vivía retirado en su pueblo de Mapaxtlán, hoy "Villa Ayala" ocupado en las labores del campo, pues aunque había luchado contra la intervención francesa, en sus comienzos, no pudo seguir á las fuerzas de la República, rumbo al norte del país.

Era alto, color blanco, usaba piocha y bigote, y vestía de charro, con pantalonera sencilla de dos "vistas;" hábil jinete, valiente y astuto, montaba siempre muy buenos caballos, y manejaba las armas con mucha destreza, á la vez que la reata. El y Salomé Placencia, se estimaban mutuamente con sinceridad, y eran buenos amigos.

Veremos en otro capítulo los motivos que inclinaron á D. Rafael Sánchez á perseguir á Salomé Placencia, y cual fué la verdadera causa de la destrucción de los famosos "Plateados."

## CAPITULO VII.

### Un adulterio origina la destrucción de los Plateados.

Se dividen en dos bandos: Charros y Catrines.

**Y**A hemos dicho que merodeaban por rumbos distintos los jefes principales de los Plateados, acompañados por cabecillas secundarios, llevando cada uno su correspondiente cuadrilla de bandidos. Pantaleón Cerezo, aunque jefe principal, se unía con frecuencia á Silvestre Rojas temporalmente, y hacía sus correrías, abandonándolo después.

Conoció en una de estas veces á la esposa de Silvestre Rojas. Bonita mujer del rumbo de Ozumba, blanca, bajita de cuerpo y de color encendido; de la que se enamoró perdidamente Pantaleón Cerezo, declarándole su pasión en la primera oportunidad que tuvo de hablarle.

La esposa de Silvestre Rojas se espantó de semejante declaración, y lo rechazó desde luego. Conocía la ferocidad de aquellos hombres en quienes bastaba la sospecha de una ofensa, en asuntos de amores, para castigar con terrible muerte á la infiel y asesinar al seductor.

Hemos visto como vendían á las mujeres, comerciaban con ellas, las cambiaban como lo hicieran con un caballo, pero mientras las tenían en su poder, y no iniciaban venta ó cambio de ellas, eran sagradas y respetadas de los demás bandidos. Los que tenían mancebas, además de sus esposas legítimas, como Silvestre Rojas, comerciaban con las primeras y eran para las segundas, apasionados y feroces como el amor de un Turco.



Eran espantosos los castigos que daban á las mujeres infieles, aquellos bandidos; castigos que adoptaron los hombres del pueblo y que aún después de la extinción de los Plateados, persistieron por varios años, sin embargo del rigor de la ley para reprimir ese salvajismo.

Nos abstenemos en describir la manera en que consistía ese castigo que daban á las mujeres; esa muerte horrible, quizá invención de algún infernal inquisidor, porque hay crímenes cuyos detalles deben suprimirse en bien de las inteligencias perversas.

La esposa de Silvestre Rojas pensó en aquellos castigos y tembló ante las declaraciones amorosas de Pantaleón Cerezo. Pasó el tiempo, y este seductor asiduo, tantas promesas le hizo, tantos obsequios y tantos ofrecimientos, que, como todo desliza en las mujeres, la ocasión triunfó del deber. Pantaleón Cerezo logró sus deseos con aquella mujer y ambos rodaron por la pendiente del vicio, ofuscados con su amor criminal que no pudieron ver que se hacía pública la infidelidad de una esposa.

Silvestre Rojas tuvo por fin conocimiento de la grave ofensa que le infiriera su mujer con Pantaleón Cerezo, buscó á este, ciego de cólera, le encontró, y sin decirle una sola palabra, le disparó de balazos dejándolo muerto en el acto.

Varios de los jefes y Plateados juzgaron este hecho como un asesinato cometido vilmente. ¡Exigían la hidalguía para matarse entre ellos!

Se encolerizaron muchos en contra de Silvestre, reprochándole su conducta, por más que le concedían el derecho de venganza, y Salomé Placencia, quien más lamentó el asesinato, le mandó decir que odiaba á los cobardes y que se cuidara, porque lo mataría "*como los hombres*," en la primera oportunidad.

Este aviso preparó á Silvestre Rojas para el ataque, y convocó á sus más adictos partidarios para que lo acompañaran, poniéndose en guardia, pero rehuyendo un encuentro con Salomé Placencia.

Epitacio Vivas, jefe también y amigo de Silvestre, contestó á Salomé en defensa de su amigo, desafiándolo para un encuentro en el pueblo de Ocuituco. Salomé se dirigió á dicho pueblo con solo diez y seis de los suyos, teniendo allí Epitacio Vivas sesenta hombres; pero este era un valiente y tuvo la osadía de retar á Salomé á un combate singular, á caballo y en presencia de todos aquellos bandidos, quienes les formaron una gran valla.

Ya hemos dicho que Salomé tenía un valor temerario, como lo comprueban todos sus hechos; era un gran jinete y hábil tirador, así es que, el resultado de aquel combate fué la muerte de Epitacio Vivas. Placencia les arengó á los hombres de Epitacio "que los que quisieran continuaran con el cobarde Silvestre, pero que en lo sucesivo se llamarían "*los catrines*" y no "*los charros plateados*" como los suyos.

Todos se ofrecieron pasarse á sus filas desde luego, pues nunca aceptarían el título de "*catrines*." Solo Joaquín Sánchez, amigo de Epitacio, se dirigió á Salomé con las armas en la mano resuelto á vengarle, y tuvo en el acto el mismo fin que su amigo, muriendo también á manos de Salomé.

Era Joaquín Sánchez oriundo de Mapaxtlán y sobrino del Coronel D. Rafael Sánchez, á quien dimos á conocer en el Capítulo anterior. La muerte de su sobrino por Salomé, á quien consideraba como su amigo, lo desidieron á pelear contra de este, y perseguirlo, reprochándole la muerte de Joaquín.

Desde los acontecimientos que tuvieron lugar en Ocuituco, los "*charros plateados*" y los "*catrines*" se hicieron una



guerra sangrienta y sin cuartel. Los vencedores daban muerte inmediata á los prisioneros. Los asaltos, las sorpresas y las emboscadas de unos y otros, eran frecuentes y se diezmaban mutuamente todos aquellos bandidos, con una zaña y fiereza *“de moros y cristianos.”*

Debilitados entre sí, divididos y destruyéndose recíprocamente, pudieron entonces los Jefes perseguidores del Gobierno, ir teniendo éxito y ventajas sobre los bandidos, *“Plateados”* y *“Catrines,”* que caminando unidos, habían sido la poderosa avalancha destructora que ninguna fuerza osaba contener.

¡Un adulterio fué el principio de la salvación de un Estado!

---

### CAPITULO VIII.

---

## Entra en campaña el Coronel D. Rafael Sánchez

---

Después de la toma de la Capital de la República por las huestes invasoras, y tropas reaccionarias, y establecido el provisional Gobierno Militar que esperaba la llegada del Archiduque, los hacendados del Estado de Morelos pidieron ayuda en México para perseguir al bandidaje y contener sus depredaciones.

Mandó dicho Gobierno establecer de pronto resguardos en las principales ciudades del Estado, y ya hemos visto que eran destrozados esos resguardos, y no se atrevían á emprender una formal persecución contra los plateados.

Volvieron á insistir los capitalistas de Morelos ante el Gobierno Militar, y entonces mandó tropas regulares de caballería y de infantería que recorrieran el Estado, y persiguieran con tenacidad á todos aquellos bandidos que asolaban la comarca.

Entre los jefes de aquellas tropas, vienen algunos contra quienes había combatido D. Rafael Sánchez, á quienes no hacía dos años les habían causado serias derrotas, cuando con el auxilio de todos los plateados, hasta en número de mil, había combatido por la Constitución y la Reforma.

Temiendo Sánchez, en aquellos tiempos de venganzas y represalias, que pudiera ser perjudicado en su persona, reunió á unos cuantos de sus amigos y partidarios del pueblo de Mapaxtlán, y con un grupo de sesenta hombres se lanza á los cerros, preparado á los acontecimientos, y en espera de que Salomé Placencia, á quien había retado á la pelea por la muerte de su sobrino, fuera el primero en atacarlo. Lo acompañan hombres resueltos y valientes como segundos jefes: Atanasio Sánchez, Guillermo Gutiérrez, Efren Ortiz, Mateo Cázares, Cristino Zapata—tío del actual Emialno Zapata,— y otros varios.

No pasaron mucho tiempo en ser atacados por Salomé Placencia, con esa astucia y fiereza que acostumbraba en sus asaltos, pues luego que supo que D. Rafael Sánchez se había alzado en armas con sesenta de su pueblo, determinó caer sobre él y exterminarlo; pensando que Sánchez era el único enemigo peligroso que podía tener. Fracasó Salomé en su primer ataque, siendo rechazado con pérdidas de hombres, sin embargo de la sorpresa con que lo hizo.

Otro sangriento encuentro se registró en Juatelco; después en el cerro del *“Ahuacate”* donde se le desbanda la caballada á D. Rafael, y él y todos los suyos están á



punto de perecer. Reunen á los caballos, cuando ya se han retirado los bandidos, y creyendo estos, haberlos dejado destrozados, se alejan á descansar al Rancho de San Vicente, próximo á Moyotepec. Allí los ataca Sánchez de una manera súbita, quedan muertos numerosos bandidos, entre ellos un hermano de Silvestre Rojas, y huyen los demás en completa derrota.

Las fuerzas expedicionarias del Gobierno atacan á los plateados, á la vez que á D. Rafael Sánchez, y éste con sus pocos hombres, y sin ningunos elementos, se defiende de todos, y lucha desesperadamente contra todos. Ora se bate con los valientes "chatos" de Salomé Placencia, ora con los famosos "catrines" de Silvestre Rojas, y tiene mañana un encuentro con las fuerzas del usurpador Gobierno.

Su situación es crítica, y no se da tregua ni reposo para atacar también y defenderse de todos,—bandidos y soldados,—que lo persiguen por todas partes como rabiosas jaurías.

Un día se presenta en Cuautla al Jefe Militar de las fuerzas expedicionarias del Distrito. Se pide explicaciones de la persecución que le hacen las fuerzas del Gobierno, cuando él se ha armado solamente para perseguir á los bandidos; ofreciendo continuar contra ellos, siempre que no lo molesten las fuerzas regulares, y para lo cual, no pide ayuda, ni elementos ningunos. El Jefe Militar le ofrece que no volverá á ser molestado por ninguna fuerza del Gobierno, y que puede organizar la persecución de los bandidos, de la manera que lo crea conveniente.

Don Rafael Sánchez después de esta atrevida entrevista con el Jefe Militar de Cuautla se une á los suyos, quienes lo esperaban llenos de zozobra en un cerro próximo; se dirijen á Mapaxtlán, donde son recibidos con júbilo por todos los

del pueblo, y se procede á preparar lo necesario para la defensa, y ataque de los bandidos.

Mientras pasaba esto, se decía que Salomé Placencia había perecido en un asalto que le dió la "Comisión" de Tlaltizapan, al mando de D. Manuel Tagle. Otros contaban que las fuerzas del Gobierno lo habían encontrado solo, en su milpa, y que allí había sido muerto.

Efectivamente, el asalto y el encuentro habían sido ciertos; pero siempre con la temeridad y arrojo que lo caracterizaban, se había escapado ileso de las manos de sus perseguidores.

El asalto había tenido lugar en la Hacienda de Atlihuahuan, donde había una fiestecita en ese día. Dejó á los suyos en el cerro, y se bajó solo á la Hacienda; llegó á su casa, montó en la cabeza de la silla á un pequeño hijito que tenía, y se encaminó á la plaza á darle nieve. Allí se encontró con su compadre D. Tomás Peralta, quien se alarmó al verlo, rogándole que se fuera. No hizo caso Salomé, pidió la nieve y comenzaron á tomarla, y á darle al pequeño, á quien se había sentado sobre la pierna cruzada, sobre la silla, para tenerla más cómodamente.

No habían terminado de beberla, cuando desembocan en la plaza los rurales de la "Comisión" de Tlaltizapan, lanzándose sobre Salomé. Este, arroja á su hijito en los brazos de su compadre, diciéndole: "tenga compadre y pague la nieve" y desprende su caballo al encuentro de los Rurales, disparando sobre ellos, por ser ese lado el rumbo de su salida. Le disparan también; pero ha matado ya á un soldado del primer balazo, han caído otros dos, heridos gravemente á machetazos, y sin dejar de dispararle, le abren paso como á una fiera que se escapa velozmente, internándose en el monte del cerro.



Tres días después, estaba en su milpa, también solo, dando instrucciones á su “gañan”—pues hay que decir, que poseía terrenos, y los mandaba sembrar—cuando se avista muy cerca un Escuadrón de Caballería del Gobierno, Salomé comienza á alejarse poco á poco hacia el cerro más próximo. Los soldados emprenden la carrera en su seguimiento, mientras él faldea el cerro, y sigue por la vereda angosta, de una cañada boscosa, por la que solo pueden caminar á caballo, uno tras de otro. Cargan sobre él á todo galope, y comienzan á dispararle una lluvia de balas; llegan los soldados á la vereda angosta, y se arremolinan y se detienen los caballos enredados entre los espinos y los bejucales; pero siguen á escape de uno en uno al alcance de Salomé.

Este se detiene, dispara sobre el primero quien cae del caballo, interceptando la vereda. Saltan sobre él los que vienen detrás, y repite el disparo Salomé, callendo muerto otro soldado. Más adelante caen otros dos más, y llegan por fin los perseguidores á un amplio cruzamiento de veredas que se internan en el bosque, sin saber por cual deben seguir á Salomé. Se regresan de allí, recogiendo á sus muertos ó heridos, pues ha fracasado otra vez el centésimo intento de acabar con el famoso Jefe de los plateados.

Estos dos casos, que acabamos de relatar, fueron aquellos en que se dijo que Salomé había muerto cuando D. Rafael Sánchez entrevisitaba al Jefe Militar de Cuautla, y preparaba en su pueblo la organización respectiva para la persecución de los bandidos, y defensa de la población.

## CAPITULO IX.

### Un pueblo pequeño, que es grande y fuerte defendiéndose.

El pueblo de Mapaxtlán, hoy Villa de Ayala, era entonces un pequeño poblado, en el que apenas podían contarse unos trescientos hombres útiles para el servicio de las armas.

Al día siguiente de la llegada de D. Rafael Sánchez y los pocos que lo acompañaban al pueblo convocó á una junta general á todos los vecinos sin excepción, para que reunidos todos, en la plaza, deliberaran y acordaran la manera como debían organizar y hacer la defensa de sus vidas y propiedades, amagadas constantemente por los plateados.

Todos concurrieron con gusto al llamado de su querido paisano y antiguo Jefe. Les arengó exponiéndoles la peligrosa situación en que vivían todos los del pueblo con las rapiñas y ferocidades de los bandidos, y convenciéndolos, sobre lo fuerte que es un pueblo unido, cuando defiende sus derechos más santos: la propiedad y la familia. Les habló también Efrén Ortiz, y con aquel carácter fogoso de su temperamento les dijo: “Muchachos, hemos retado á muerte á todos los plateados, principalmente á Salomé; si somos cobardes, vendrán á degollarnos, y á llevarse á nuestras muchachas. Probemos á esos hombres que los de Mapaxtlán somos tan valientes como ellos, y si vienen aquí recibámoslos á balazos, y luchemos, mientras quede vivo uno de nosotros.”

Sí... sí... los batiremos, contestaron todos aquellos hombres reunidos.

Se procedió entonces á dividir la población en cinco manzanas ó cuarteles, correspondiendo cuatro á los puntos cardinales.